

pulpa y completamente secos, eran bruñidos por sus manos. Luego los alineaba en cierto orden, bajo el teclado montado en un marco de madera, y allí los dejaba como una hilera de cantaritos puestos a colmarse en una fuente de sonidos. Sus dedos tornábanse minuciosos y delicados para colocar el pellejito cortado de la parte mas sucia de las tripas de gallina, sobre el agujero practicado en cada jícara; y la grosera membranilla quedaba lista para vibrar cuando la música brotara del beso o del golpe de los bolillos sobre el teclado. Con igual interés buscaba la cera para dar el tono y conseguía el hule crudo y los palitos para los bolillos.

Del conjunto saldrían los compases que pondrían a danzar a la gente joven y a la gente vieja con bríos. La alegría desolada dentro de su ser, salía y se rogocijaba sobre la marimba y se revolcaba entre las melodías que brotaban de ella como un niño sobre la hierba fresca de un prado bajo el cielo azul.

Elías Pizarro también era compositor y él hacía repetir a su marimba las armonías sorprendidas en el corazón del bosque, cuando el viento se mete entre las bóvedas del follaje inquietando a las criaturas de la selva para que despierten al amor, o cuando galopa sobre los altos zacatales entre los cuales asoma apenas la cornamenta del ganado; o bien las que escuchara en el murmullo—que a veces parece la palpitación del silencio—con que se desliza hacia el mar la majestuosa mansedumbre del Tempisque en el verano, o las que había en el hondo rugido con que el río corre en la estación de las lluvias, cuando inunda devastador los campos.

Pero un acontecimiento movido por intereses desconocidos para él, y que parecían muy lejanos de esta vida mísera, vino a desviar el único rayo de sol que entraba en una morada desdeñada por el amor y la esperanza.

Fué en tiempo de los Tinoco, cuando la revolución del Sapoá,

Los hermanos Tinocos y el grupo de cortesanos que los ayudaban a sostenerse—ya por temor, ya por que así convenía a su vulgar egoísmo—alistó por medio del terror un ejército para que marchara a hacer frente a los insurrectos del Sapoá, y la tiranía pudiese seguir robando impunemente en el poder.

Entre las tropas que salieron del Guanacaste a defender el estúpido despotismo que asolaba el país, iba Elías Pizarro, quien no logró librarse a pesar de su encanijamiento y deformidad.

¿Qué fué de muchos de esos pobres

campesinos arrebatados a su hogar y a sus campos? Nadie ha dado nunca cuenta de su muerte, y a pesar de haber transcurrido algunos años sin noticias suyas, yo sé que más de una, entre las familias de esos desaparecidos, esperan inocentes! ver trasponer el umbral, de un momento a otro, al padre, al esposo, al hijo, cuyos huesos se hacen polvo en las tierras del Jobo o de Conventillos.

En el combate de Conventillos, la metralla se llevó los dos brazos de Elías Pizarro.

Pasó el tiempo. La calma había vuelto al país con la caída de los Tinocos y los rebeldes pudieron tornar a su patria, gloriosos por su esfuerzo.

Pero Elías Pizarro no había regresado a Filadelfia. Tuvo que quedarse en un rancho en donde se recogió por caridad, incapaz de moverse. Su familia nunca trató de averiguar su suerte.

¿Por qué permitió el destino, que lejos de toda asistencia médica, en medio de la suciedad, ni la hemorragia ni la gangrena acabasen con este harapo de vida?

El caso es que a los cinco meses de haberse restablecido el orden en el

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Presbítero Pallais: <i>Caminos</i> (poe-sías) 1 vol. rústica.....	4.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Geraldv: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Azorín: <i>El chirrión de los políticos</i>	3.00
R. Rolland: <i>Vidas ejemplares</i> (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) (1 tomo pasta).....	3.00
Homero: <i>Iltada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Longfellow: <i>Evangelina</i> , Trad. en prosa de R. Merchán.....	1.20
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta).....	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.25
Arturo Borja: <i>La flauta de bñix</i>	2.00
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00

país, un día, al oscurecer, entró el muchacho en la casa paterna. Había venido por senderos excusados y se metió en la cocina por el corral.

Junto al fogón dormitaba la vieja y se oía reír a las muchachas bajo el genízaro de la entrada.

Las mangas de la camisa andrajosa y sucia, pendían vacías a los lados del tronco desmedrado, y la brisa que entraba y salía a su antojo por las puertas abiertas, agitaba burlona aquellos colgajos.

Elías buscó con la mirada su marimba. Allí estaba en su rincón, y a la indecisa claridad de la tarde, parecía una gran perra recién parida, grandota y esquelética que anduviera husmeando con las ubres colgantes.

El se le acercó y el viento balanceó las mangas vacías sobre el teclado.

Elías Pizarro se arrodilló ante la marimba y se puso a besarla.

Un quejido salió de su pecho, pero al pasar por su laringe, transformóse en una especie de gruñido.

La viejecilla despertó.

—¿Quién anda ahí?—preguntó asustada. Con su modo de hablar fantástico y gutural. Elías contestó:

—Soy yo.

—¿Es verdad que te quedaste sin brazos?—dijo la madre desperezándose con indiferencia. Y luego añadió:

—¡Y ora quien te va a mantener?

El mozo no respondió. Volvió a salir por donde entrara, y arrastrando los pies se dirigió al pastizal que pertenecía a la casa y que comenzaba en los linderos del pueblo, a la orilla del río. Internose en la pradera cuyo verde claro comenzaba a ensombrecerse. De rato en rato surgía de entre los altos zacatales, la cornamenta de un toro que pastaba oculto entre la hierba: levantaba hacia el cielo su hocico húmedo y lanzaba un bramido de enamorado impaciente. Quizá creía que allá arriba, hacia el poniente, en donde brillaba la luna nueva, una vaquita núbil, oculta entre el campo violeta, asomaba sus cachitos de plata.

La brisa pasaba su caricia sobre los flexibles tallos del zacate de guinea que se doblegaban dóciles y voluptuosos. También hacía flamear las mangas vacías de la camisa de Elías Pizarro.

En el oriente, las estrellas eran capullos de luz que se iban abriendo tímidos y tiernos.

Elías Pizarro se acercó al río.

¿Iría arrojar en su corriente?

No, ni por un instante le pasó esta idea por la cabeza. Se tendió en un lugar en donde la hierba estaba recién cortada, y con la cara pegada al suelo se puso a sollozar.

CARMEN LIRA